

## LIBRO QUINTO

## MOVIMIENTO INTELECTUAL EN LOS AÑOS DE PAZ

## I.—LA MONARQUÍA DEMOCRÁTICA DE ARGENSON

El inmenso grito de dolor que resonó por toda la Francia cuando se supo en agosto de 1744 la grave enfermedad de Luis XV en Metz, fué en concepto de los franceses el último fulgor del sentimiento monárquico de su nación. El 8 de agosto tuvo el rey los primeros accesos de calentura; el mal tomó rápidamente el carácter de fiebre pútrida, y el 14 del mismo mes se hallaba el enfermo á las puertas de la muerte. El efecto que produjeron en la nación las noticias que sobre la enfermedad se divulgaron, fué descrito por Voltaire en su «Siglo de Luis XIV» con colores verdaderamente dramáticos: «La angustia y la desesperación se comunicaron rápidamente de pueblo á pueblo; la gente acudía de todos los alrededores á Metz; las calles estaban cuajadas de personas de todas las clases y edades, que con sus noticias contradictorias no hacían mas que aumentar la inquietud general. A París llegó la noticia del peligro que corría la vida del rey, durante la noche, y todo el mundo se levantó y se echó á la calle haciendo grandísimo ruido sin saber adónde dirigirse. Las iglesias se abrieron á media noche porque nadie se cuidaba ni de la hora, ni de comer, ni de dormir. Todo París estaba fuera de su centro: las casas donde vivían personas de posición elevada estaban rodeadas constantemente de un gentío inmenso; en todas las calles se agrupaba la muchedumbre, y el pueblo gritaba: «si muere es porque se marchó á la guerra por amor nuestro.» En las iglesias se hablaban las personas y se preguntaban sin conocerse. Muchos casos hubo de sacerdotes que al hacer rogativas por el restablecimiento del rey, interrumpían su canto llorando y entonces les contestaba el pueblo con sollozos y exclamaciones de dolor. Cuando el 19 de agosto un correo trajo á París la noticia del restablecimiento del rey, el pueblo le abrazó y estuvo á punto de ahogarle con sus abrazos; hasta besaron el caballo y lo condujeron por las calles en triunfo. En todas partes se oía el grito de: «¡el rey está bueno!» Cuando refirieron al monarca el júbilo y alegría que habían sucedido á la desesperación, no pudo ocultar sus lágrimas; la conmoción le dió fuerza para levantarse y exclamar: «¡Qué dulce es ser amado! y ¿qué he hecho yo para merecerlo?» Así es el pueblo francés; excitable hasta el frenesí; extremado en las manifestaciones de su cariño como de su rencor.»

Entonces fué cuando un poeta popular llamó á Luis XV: «Luis el amado»; expresión que se hizo moda con la rapidez del rayo; pero esta moda duró poco, y los parisienses que habían sido actores y espectadores en las escenas patéticas de aquellos días, no sospechaban entonces que solo seis años después, en mayo de 1750, ocurriría en París un furioso motín en el cual debía desaparecer para siempre aquel bello sobrenombre del rey.

No era Luis XV hombre capaz de conservar el amor de su pueblo ni de hacerse digno de él dedicándose por com-

pleto á promover el bien del país. El pueblo francés empezaba ya á sentir el deseo de una monarquía en que el jefe tuviera deberes que cumplir y tareas que desempeñar; pero el rey Luis XV no conocía y era incapaz de conocer el cambio progresivo de la sociedad, y seguía creyendo que el soberano era un propietario rico de territorios y de gente, que podía vivir dedicado exclusivamente á goces materiales, al descanso y á satisfacer sus caprichos. Los paseos militares que había dado por Flandes, solo habían sido para él distracciones é interrupciones pasajeras de su vida de serrallo, un pasatiempo excitante, que había costado al país inmensas pérdidas en dinero y vidas, y que había impuesto nuevas y abrumadoras cargas al pueblo sufrido; todo en cambio de laureles completamente estériles.

La paz de Aquisgran fué el punto de partida de una nueva era en la historia de la Francia monárquica. Esta paz cerró un período de guerra, rico en victorias que habían resultado carísimas, restituyendo todas las ventajas obtenidas, y evidenciando con esto que la guerra había sido hecha por los gobernantes con ligereza é imprudencia y que había sido solo resultado de una petulancia temeraria y criminal. Las fiestas que se dispusieron para celebrar tan fausto acontecimiento parecían una grandiosa befa de los sacrificios inmensos que el país había hecho, y de las innumerables víctimas que habían pagado con vidas y haciendas. El público miraba con curiosidad glacial todo aquel aparato, sin que apenas se oyera un «Viva el rey»; y cuando con motivo de los fuegos artificiales hubo delante del palacio del ayuntamiento muchas desgracias personales entre los espectadores, y los soldados aprovecharon la confusión para apoderarse entre la apiñada muchedumbre de varias jóvenes de la clase media y abusar de ellas, se oyeron voces en las plazas y calles de París como apenas se habían oído el año 1720. A raíz de este desgraciado suceso se publicaron hojas volantes y grabados que atacaban á porfía y con las expresiones más rudas al rey y á la Pompadour, su concubina desde el mes de diciembre de 1745.

En uno de estos grabados estaba representado el rey como presidiario en cuyas espaldas descargaba la reina de Hungría repetidos azotes, mientras la Inglaterra contemplando el castigo exclamaba: «¡duro, duro!», y la Holanda gritaba: «todo lo restituirá.» En otra aparece el rey cargado de cadenas y recibiendo una paliza de manos de los extranjeros, mientras le sujetaban por un lado la Pompadour y por otro el ministro Puisieux. Peor que en los grabados se le trataba en los versos, coplas y textos explicativos, como por ejemplo en la filípica siguiente: «Derrochador vil y cobarde de los bienes de tus súbditos, que cuentas los días por los padecimientos que les causas; tú fuiste durante algún tiempo objeto de nuestro cariño porque todavía no se habían divulgado tus vicios. Ahora verás cómo de día en día disminuye nuestra pasión, mientras la llama de la insurrección va dilatando



Luis XV, rey de Francia

nuestros corazones. Has dejado exhaustos tus Estados con guerras estériles; careciste de generales y pronto te faltarán soldados. ¿Quién de todos estos arlequines que gobiernan contigo querrá continuar viendo en tí á su rey y soberano? Tus tesoros son el botín que derrochan locamente; ellos saquean á tus súbditos no tanto para renovar tus odiosas diversiones, como para satisfacer sus propios caprichos crapulosos. La desesperacion reina en todas tus ciudades, y no encontrarás ya almas tan venales que sean capaces de ensalzar tus acciones y hacerlas pasar por heroicidades. En vano te levantan hoy estatuas, porque el pueblo las derribará cuando hayas muerto. Atormentado por tu conciencia, habrás de morir, y la supersticion cuyo lívido fulgor despierta, entre las cenizas de tu corazón calcinado, la llama de la angustia, te sigue y te abre el infierno, que es lo único que temes (1).»

El rey y la Pompadour se enfurecieron no solamente por tan mortales ultrajes, sino mas todavía porque sus autores no podían ser descubiertos ni de consiguiente castigados; pero ¿cómo habian de descubrirse los que disparaban las envenenadas flechas contra la Pompadour, si la reina abandonada se recreaba en todo lo que heria á la concubina de su esposo infiel? Estaba rodeada la reina de una pequeña camarilla contraria á la corte, y en esta camarilla brillaba el ministro Maurepas con sus acerados epigramas contra la Pompadour mucho mas y con mas razon que en su ministerio de marina. Al fin, un día, en 14 de abril de 1749, descubrióse su culpabilidad como libelista y entonces fué destituido por el rey y desterrado á Bourges, á pesar de sus 36 años de servicios como secretario ó sea ministro de Estado.

Esta medida fué la primera victoria política de la marquesa de Pompadour; con ella quedó libre el ministro de hacienda Machault para poner por obra un plan de grandes reformas en el departamento de su cargo; pero no tuvo éxito, porque todas, aun las mejores y mas indispensables reformas, se estrellaban contra el escollo permanente de la resistencia que á todo cambio oponian las clases privilegiadas, la nobleza y el clero. Era evidente que el sistema monárquico habia llegado en Francia al término de su período creador, y que era en adelante impotente para producir actos legislativos salvadores.

La gran masa de las clases tributarias no se dejaba ya engañar con promesas ni farsas, porque estaba persuadida de que todo lo que se pagaba y se arbitraba, no servia para el país, sino que era devorado por la corte. Cualquier arbitrio que se inventara, cualquier nombre que se diera á los nuevos impuestos, cualquiera que fuera la clase sobre la cual pesara y el producto que diera, no podía salvar á la nacion, porque todo se hundía en la sima sin fondo de la anarquía derrochadora que habia abierto la Pompadour antes de que se apoderara del timon del Estado. Toda tentativa de mejorar radicalmente la hacienda aumentaba el número de los enemigos del gobierno monárquico, y el de las derrotas de su autoridad.

En 16 de mayo de 1750 perdió el pueblo de Paris la paciencia, segun luego veremos, y desde entonces quedó declarada la guerra á la monarquía, y fué la capital de la Francia el centro indómito de la oposicion anti-monárquica.

Desde la conclusion de la guerra sufría la Francia un azote durísimo; los soldados licenciados recorrian á millares los pueblos viviendo sobre el país. Todos los días se recibían noticias de robos, saqueos, asesinatos; no habia seguridad en ninguna parte y todo el mundo vivía en continuo sobresalto. La policia organizó grandes batidas de forajidos y vagabundos de ambos sexos, que fueron luego sentenciados parte á las

galeras y parte á ser deportados á la Luisiana para colonizar aquel país. A fin de acabar mas pronto con aquella caterva de malhechores el gobierno anunció que pagaria con un premio á los agentes de seguridad por cada uno que prendieran, lo cual hizo que los agentes cuando no encontraban malvados que prender, prendiesen á personas honradas para ir cobrando los premios. Llegó este abuso á tal extremo, que en diciembre del año 1749 y en el mismo Paris no se atrevia ya ninguna criada á salir de su casa despues de oscurecer. Mozos, criados, muchachos y niños de ambos sexos desaparecian en número cada día mayor; á los padres algo acomodados se les insinuaba en confianza que con el sacrificio de tantas libras podian volver á encontrar á sus hijos; pero las familias pobres jamás llegaron á descubrir el paradero de los suyos; lo cual dió lugar entre el pueblo á la voz de que el rey, para restablecer su salud quebrantada por los excesos, tomaba baños de sangre de criaturas inocentes. Este escándalo subió de punto de tal suerte que los polizontes cogian las criaturas y se las llevaban en medio del día y á la vista de la gente en las calles de la capital. Esta insolencia provocó finalmente en 16 de mayo de 1750 un motin que se convirtió luego en una sedicion verdadera, la cual duró dos días y solo con gran trabajo pudo ser sofocada. El pueblo irritado se echó sobre la policia para arrancarle los niños á viva fuerza, y durante los dos días se oyeron gritos como: «Vamos á Versailles á quemar el palacio construido con el sudor del pueblo!» La Pompadour, que llegó en esto á Paris en su carroza, tuvo que retroceder mas que de prisa para librarse del furor del pueblo; y el rey, que estaba á punto de trasladarse á Compiègne pasando por la capital, dijo á sus cortesanos que castigaria á los parisienses dando un rodeo en lugar de atravesar la ciudad, porque, añadió, «¡no faltaba mas que me dejara ver de esta gentuza que dice que soy un Herodes!» Efectivamente dió el rodeo, y el camino que tomó se llama desde entonces «de la revuelta.» Tres jefes de la revolucion fueron ahorcados y se restableció el órden, pero en el corazón del pueblo quedó la herida que jamás llegó á cicatrizar (2); y el divorcio entre la nacion y aquella monarquía carcomida quedó decidido para siempre.

El único ministro de Luis XV que habria sido capaz de introducir en la política extranjera de su país un método, un plan y un objeto claros y definidos, era el marqués de Argenson; pero fué despedido en 7 de enero de 1747 despues de haber dirigido los negocios extranjeros poco mas de dos años. A sus ocios debemos los datos preciosísimos que nos ilustran sobre el movimiento intelectual de la nacion francesa en esta época que tan gravísimas consecuencias engendró.

El marqués de Argenson era profeta. En el año 1733 predijo ya, antes que Turgot, no solamente la emancipacion de las colonias inglesas de la América del Norte, sino tambien el establecimiento de una gran república trasatlántica, segun se ve por el siguiente trozo de sus Memorias (3): «Los ingleses poseen en la América del Norte territorios dilatados, ricos y bien administrados; allí tienen otra Inglaterra con su parlamento, sus gobernadores, tropas, una numerosa poblacion blanca, riquezas, leyes y, lo que es peor, una marina. Yo digo que el mejor día vereis separarse estas posesiones de la Inglaterra; se alzarán y se organizarán en república independiente, como hizo la Holanda respecto de la España. Estos colonos ingleses empiezan ya á ser discolos y á tener voluntad propia. Los blancos que se establecen en aquellos parajes lo hacen con la intencion de quedarse allí

(1) Véase JOBEZ, *La France sous Louis XV*, tomo 4.º

(2) Véase *Jobez*.

(3) Véase el tomo 5.º págs. 386 y 387.